

SI ALGÚN PINTOR uniera la cabeza  
de un hombre con el cuello de un caballo  
y pegara unas plumas de colores  
a unos miembros tomados por ahí,  
igual que cuando a una mujer hermosa  
la acaban con la cola de un pescado,  
ante tal panorama, amigos míos,  
¿sabrían contener las carcajadas?  
Pisones, créanme que tal pintura  
sería semejante a un libro cuyas  
ridículas figuras se modelan  
como las fantasías de un enfermo  
donde el pie no se ajusta a la cabeza.  
*Pintores y poetas han tenido  
siempre el permiso de probarlo todo.*  
Lo sabemos; por eso reclamamos  
y concedemos esa facultad.  
Pero no cuando juntan lo salvaje  
con lo manso, ni cruzan las serpientes  
con las aves; los tigres con ovejas.

ESCRITORES, escojan un asunto  
adecuado a sus fuerzas. Largo tiempo  
mediten cuánta carga aguantarán  
sus hombros, cuánta no. Aquel que sepa  
elegir un asunto a su medida,  
ni en orden fallará ni en elocuencia.  
Y si no me equivoco, será el orden  
la virtud y el encanto de quien logre  
decir lo que conviene en su momento,  
postergando y borrando por ahora  
la mayor parte. Siga este precepto  
y rechace los otros el poeta  
que pretenda el poema deseado.

IGUAL QUE DEL SARNOSO o del icterico  
o del loco lunático y violento,  
los sensatos evitan el contacto  
y arrancan del poeta desquiciado;  
es motivo de burla de los niños  
que de puro imprudentes lo persiguen.  
Si un día, mientras vaga distraído  
eructando sus versos rimbombantes  
como si fuera un cazador de mirlos,  
se cae en una zanja o en un pozo,  
aunque clame: *¡socorro, ciudadanos!*  
no hallará quien se ofrezca a rescatarlo.  
Si veo a alguno que le presta ayuda  
y le lanza una cuerda, le diré:  
*¿cómo sabes si se tiró por gusto  
y no tiene intención de ser salvado?*  
Le contaré la muerte del poeta  
siciliano: queriendo ser Empédocles  
tenido por un dios, a sangre fría,  
se lanzó al fuego del ardiente Etna.  
Reconozcámosles a los poetas  
el derecho y licencia de matarse.  
Quien salva a alguno contra su deseo  
hace lo mismo que quien lo asesina.  
Ni es la primera vez que intenta hacerlo  
ni se hará más humano si lo ayudan  
ni evitará morir de un modo célebre.  
Tampoco sé muy bien por qué hace versos:  
si meó en las cenizas de su padre  
o profanó el siniestro altar de un rayo;  
lo cierto es que es un loco y como el oso,  
que rompió los barrotes de su jaula,  
con sus recitaciones pone en fuga  
tanto al letrado como al ignorante.

Y al infeliz que consiguió atrapar  
lo sujeta y le lee hasta matarlo  
como una sanguijuela que no suelta  
la piel sino es hartándose de sangre.